

original

Generaciones post-alfa - Violencia en las escuelas

Franco Berardi¹

“GUN RULE” titulaba un diario popular londinense la mañana del 15 febrero de 2007.

Un joven de quince años había sido encontrado muerto en East London, asesinado, según dicen los investigadores, por un grupo de compañeros de escuela. Es la tercera víctima adolescente de una guerra de pandillas que se desarrolla desde hace un tiempo en las escuelas de la metrópolis.

También en Italia la violencia en las escuelas es un argumento que llama la atención cada vez con mayor frecuencia. Un muchacho se quita los pantalones delante de la profesora, y las imágenes de la proeza aparecen en Internet al día siguiente. Alguien filmó una escena de agresión a un joven incapaz de defenderse, y las subió para mostrarlas en *You tube*. Los profesores al borde del colapso nervioso reaccionan con amenazas o con acciones al límite de la violencia.

En París, desde que las periferias explotaron en noviembre de 2005, la cuestión de las escuelas ingobernables está situada en el centro de la atención, al punto de que el orden en el sistema educativo --que en un tiempo fue la jactancia de la República-- se ha vuelto uno de los argumentos fuertes de la campaña electoral que ha llevado a Sarkozy a la victoria.

La transmisión intergeneracional aparece inestable cuando entran en escena las generaciones post-alfabéticas que McLuhan, ya en 1964, había visto emerger por efecto de los medios electrónicos.

Los profesores de todos los países occidentales denuncian un verdadero colapso del sistema de enseñanza. Según la derecha, la culpa de este colapso es de los profesores de izquierda que han sacado a la escuela de su aspecto austero. La laxitud, el exceso de tolerancia, la libertad con que se permite a los estudiantes hacer lo quieren provoca estos cambios. Es necesario el orden, es necesario el respeto riguroso de la ley y de la autoridad, es necesario restaurar los valores ligados a la institución, al poder.

Alain Fienkelkraut, autor de libros importantes como *La défaite de la pensée*, ha hecho de la crisis de la escuela pública una cuestión central del debate político, poniéndose en sintonía con la vocación de orden de la derecha sarkoziana.

En una entrevista realizada en el otoño de 2005, mientras en el *banlieux* se extendía la revuelta, Fienkelkraut expresaba una posición bien contundente sobre la cuestión de la disciplina en las escuelas:

“Yo conozco la escuela republicana, la he estudiado. Era una institución con exigencias rigurosas, un lugar austero que había construido altos muros para protegerse del ruido externo. Treinta años de reformas estúpidas han cambiado el paisaje. La escuela republicana fue sustituida por una comunidad educativa que es horizontal y no vertical. Así se ha bajado el nivel de los programas escolares, el ruido externo ha entrado, la sociedad ha entrado en la escuela. Pero lo que vemos hoy es la derrota de esta escuela que quiere ser simpática. Y este mode-

¹ El autor que fue uno de los principales activistas del levantamiento de Bologna del '77 y hoy es un genial animador de la escena italiana ligada a los medios alternativos y la teorización de lo que él llama el semio-capitalismo. El texto será incluido en un libro de próxima edición de *Tinta Limón Ediciones*, y por eso es una traducción no definitiva.

FOTOCOPIADORA
C.24 C.E.P.S.I.
..PSICOTERAPIA II..
Folio 495 S/F D/F

lo se alimenta de sus fracasos. Lo que debemos exigir, por el contrario, es una mayor severidad y estándares más eficaces”.

Sería superficial burlarse del tono autoritario y tradicionalista con que Finkelkraut habla de la cuestión escolar. Sería superficial rechazar su postura como si fuese sólo la patética conversión al autoritarismo de un intelectual que participó por largo tiempo de las luchas antiautoritarias de los estudiantes. La violencia que estalla en las escuelas europeas en la época de *YouTube* no tiene mucho que ver con la insubordinación antiautoritaria de los años '60 y '70. Lo que Finkelkraut señala es un problema verdadero.

Sin embargo, al mismo tiempo es ingenuo pensar, como Fienkelkraut, que la causa de la agresividad adolescente se debe a la disminución de la autoridad y de las jerarquías. La voluntad política y legislativa no viene aquí a cuenta. Una respuesta —muy parcial— la encontramos a lo sumo en las condiciones sociales de las grandes periferias, en el empobrecimiento material de la escuela debido a la reducción de las partidas presupuestarias públicas. No obstante, esta respuesta no logra aprehender el núcleo más profundo del problema. En efecto, la geografía de la violencia no se traza según las líneas de la diferencia social. La agresividad, la irritación, la violencia se difunden de modo más o menos parejo en los diversos ámbitos de la sociedad, implican a jóvenes provenientes de las clases pobres, pero también a aquellos que provienen de las clases acomodadas.

El ADD, el disturbo pre-adolescente de atención que se viene diagnosticado con cada vez mayor frecuencia, golpea tanto a los jóvenes de familias pobres y como a los de familias ricas. Pero, ¿qué es efectivamente este disturbo de la atención? Más que una enfermedad, es el intento de adaptación del organismo sensible y consciente de un niño a un ambiente en el cual el contacto afectivo es fuertemente sustituido por flujos de información veloces y agresivos.

Las raíces de la devastación psíquica que golpea a las primeras generaciones videoelectrónicas se encuentran en el enrarecimiento del contacto corpóreo y afectivo, en la modificación horrorosa del ambiente comunicativo, en la aceleración de los estímulos a los que la mente es sometida. Los educadores que viven en contacto con los jóvenes de las escuelas primarias testimonian sobre un disturbo de las capacidades de socialización. Cuando encuentran contacto entre ellos, cuando pueden tocarse, conocerse y jugar, los niños de esta generación tienden, antes que nada, a agredirse. No conocen más los modos de acariciarse, y muerden una oreja. Ninguna decisión política, ninguna restauración del autoritarismo escolar podrá ya modificar la situación de los niños que han crecido en un ambiente en el que el aprendizaje del lenguaje está escindido del contacto físico con el cuerpo de la madre.

Nota sobre el concepto de generación

Siempre he desconfiado del concepto de generación. El concepto de clases sociales define mucho mejor los procesos de identificación y los conflictos, los intereses y las perspectivas políticas. Las clases sociales no coinciden con las generaciones. Las líneas de formación de la conciencia de una clase social pasan por procesos de producción y distribución de la renta más que por las pertenencias generacionales.

En la época industrial la sucesión generacional tenía un carácter marginal: no podía determinar efectos de radical diferenciación, ni podía influir en formas de conciencia y de identificación política significativa. Hasta que la subjetividad política se formaba en el interior de la división social del trabajo, la generación era sólo un concepto sociológico, biologizante, inadecuado para definir las características históricas de la conciencia subjetiva.

Pero la transformación post-industrial confundió los términos del problema. Ciertamente no se han disuelto las estratificaciones sociales y económicas: también en la sociedad post-industrial las clases sociales son una realidad objetiva, pero ya no parecen estar en condiciones de producir efectos de identificación decisiva en el plano de la conciencia. La fragmenta-

ción y la precarización de los procesos productivos ha vuelto extramadamente frágil las identidades sociales, la experiencia del otro se ha vuelto discontinua, incómoda, competitiva. Las agregaciones productivas se disuelven rápidamente, se desplazan continuamente y esto vuelve frágil a la comunidad y pulveriza la memoria colectiva.

La identificación se vuelve imaginaria, y la conciencia vectorial. En los procesos de identificación posmoderna no es importante lo que somos sino lo que pensamos que podemos ser mañana.

La conciencia, que para Marx es un producto del ser social, para nosotros, hoy, es sobre todo un producto del imaginario social.

Y para poder comprender la modalidad de formación del imaginario, las expectativas del mundo, las grillas cognitivas, es oportuno referirse al ambiente de formación técnico y comunicacional dentro del que un grupo social se forma. Con el concepto de generación hago referencia a un conjunto humano que comparte un ambiente de formación tecnológico y, en consecuencia, también un sistema cognitivo y un mundo imaginario.

En las épocas pasadas de la modernidad, este ambiente técnico-cultural cambiaba lentamente con el paso del tiempo. Pasaban décadas o, quizás, siglos para que las personas se habituasen a usar una técnica capaz de modificar las formas de pensamiento y las modalidades de acercamiento a la realidad. Pero cuando las tecnologías alfabéticas dieron paso a las tecnologías digitales, las modalidades de aprendizaje, memorización e intercambio lingüístico se modificaron rápidamente, incluso en el marco de una sola generación. El espesor formativo de la pertenencia generacional se convirtió en decisivo. Y los mundos generacionales comenzaron a constituirse como conjuntos cerrados, inaccesibles, in comunicables, no por motivos morales, o políticos, o psicológicos, sino por un problema de formato tecno-cognitivo, por una verdadera intraducibilidad de los sistemas de referencia interpretativos.

Con el concepto de generación no identificamos más un fenómeno biológico, sino un fenómeno tecnológico y cognitivo. Generación es un horizonte común de posibilidades cognoscitivas y experienciales. La transformación del ambiente tecno-cognitivo redefine continuamente las posibilidades y las formas de la identidad.

Por eso, las nuevas formas de conciencia social se modelan a partir de la pertenencia generacional.

Comenzamos a ver hoy los efectos que la mutación tecno-cognitiva produjo sobre dos generaciones sucesivas: la generación videoelectrónica y la generación celular-conectiva. La primera nace a fines de los años '70 cuando en el ambiente de la vida cotidiana se difunden los aparatos televisivos, conquistando un lugar central en la atención colectiva.

Marshall McLuhan habla sobre esto en su fundamental ensayo de 1964, *Understanding media*. McLuhan estudia el pasaje de la esfera alfabética a la esfera video-electrónica y concluye con una preciosa intuición: cuando a lo secuencial le sigue lo simultáneo, a las capacidades de elaboración crítica le suceden capacidades de elaboración mitológica. La facultad crítica presupone una estructuración particular del mensaje: la secuencialidad de la escritura, la lentitud de la lectura, la posibilidad de juzgar en secuencias el carácter de verdad y de falsedad de los enunciados. En esas condiciones era posible la discriminación crítica que caracterizó las formas culturales de la modernidad. Pero en la esfera de la comunicación videoelectrónica la crítica ha sido progresivamente sustituida por una forma de pensamiento mitológico, y la capacidad de discriminación entre verdad y falsedad de los enunciados se ha vuelto imposible e irrelevante.

Este pasaje se desarrolla en la Tecno-Mediosfera en las décadas de los '60 y '70, y la generación que nace hacia fines de los años '70 comienza a manifestar los primeros signos de una

impermeabilidad a los valores de la política y de la crítica que habían sido fundamentales para las generaciones anteriores. No se puede hablar, en rigor, de rechazo a la política, sino más bien de una incompatibilidad cognitiva con la temporalidad histórica y, por consiguiente, con la imaginación ideológica de tipo progresista.

Con todo, a partir de los años '90 se verifica, incluso, una mutación mucho más radical a partir de la difusión de las tecnologías digitales y la formación de la Red global. Los modos de funcionamiento de la mente humana se remodelan, ahora, según dispositivos técnico-cognitivos de tipo reticulares, celulares, conectivos.

Con la difusión capilar de terminales que vuelven posible la conexión con la infósfera, el flujo de estímulos info-nerviosos que circundan al organismo consciente de los niños se intensifica hasta estallar, y el tiempo de atención disponible es saturado. En la época celular-conectiva la mente infantil se forma en un ambiente mediático totalmente diferente respecto del de la humanidad moderna, y experimenta el tiempo según una modalidad fragmentaria y recombinante. No flujos de tiempo continuo, sino paquetes de tiempo-atención. Conexiones puntuales, ámbitos operativos separados. La percepción de sí se transforma: el individuo percibe su tiempo como un conjunto de células recombinantes.

El proceso de socialización se remodela sobre el plano cognitivo, perceptivo, psíquico. La conjunción entre cuerpos físicos circulares —ásperos, polvorientos, estriados, imprevisibles— es rápidamente sustituida por un régimen de conexión de segmentos compatibles, lisos, depilados, abstractos. Recombinantes, modulares, predecibles.

El individuo se percibe como un paquete de fragmentos tempo-informacionales disponibles para entrar en conexión.

¿Cómo se mueven los treceañeros de los que habla el film de Catherine Hardwicke, o las novelas-jaboncito de Federico Moccia, o los jovencísimos programadores informáticos de Jpod de Douglas Coupland?

¿Qué es lo que regula sus interacciones? ¿Cuáles son los procesos de reconocimiento recíproco, de identificación y de proyección compartida? Una regla inconsciente parece actuar en el corazón de la relación. Un reflejo inconsciente de regulaciones parece constituirse como concatenación colectiva a-significante. El movimiento en el espacio, el contacto con el otro tienden a volverse ejecuciones de un programa operativo, antes que percepciones empáticas del mundo circundante.

Los periodistas que se ocupan del problema del comportamiento juvenil hablan de “arrogancia”, y usan la metáfora de la “manada” para referirse a las acciones de violencia o de prepotencia en que los grupos de jóvenes parecen moverse de modo conformista porque todos los participantes fundan su identidad sobre el reconocimiento de pertenencia al grupo.

Pero yo no usaría la expresión “manada”, que me parece inútilmente moralista. Prefiero pensar en un enjambre más que en una manada, dado que éste permite entender la socialización como efecto de un automatismo cognitivo más que como efecto de valores o disvalores de orden moral.

Lo que cambia en el pasaje generacional post-alfabético no son los contenidos, los valores de referencia, las opciones políticas, sino el formato de la mente colectiva, el paradigma técnico de elaboraciones mentales: dos sucesivas configuraciones tecnológicas, primero la video-electrónica y, luego, la celular-conectiva, remodelan la infósfera y transforman la mente colectiva. Este proceso de transformación es, también, un proceso de mutación del organismo consciente.

La mente manifiesta nuevas potencias conectivas, nuevas competencias interactivas, pero el pasaje es atravesado por disturbios, sufrimientos, patologías.